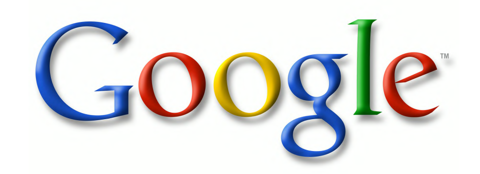
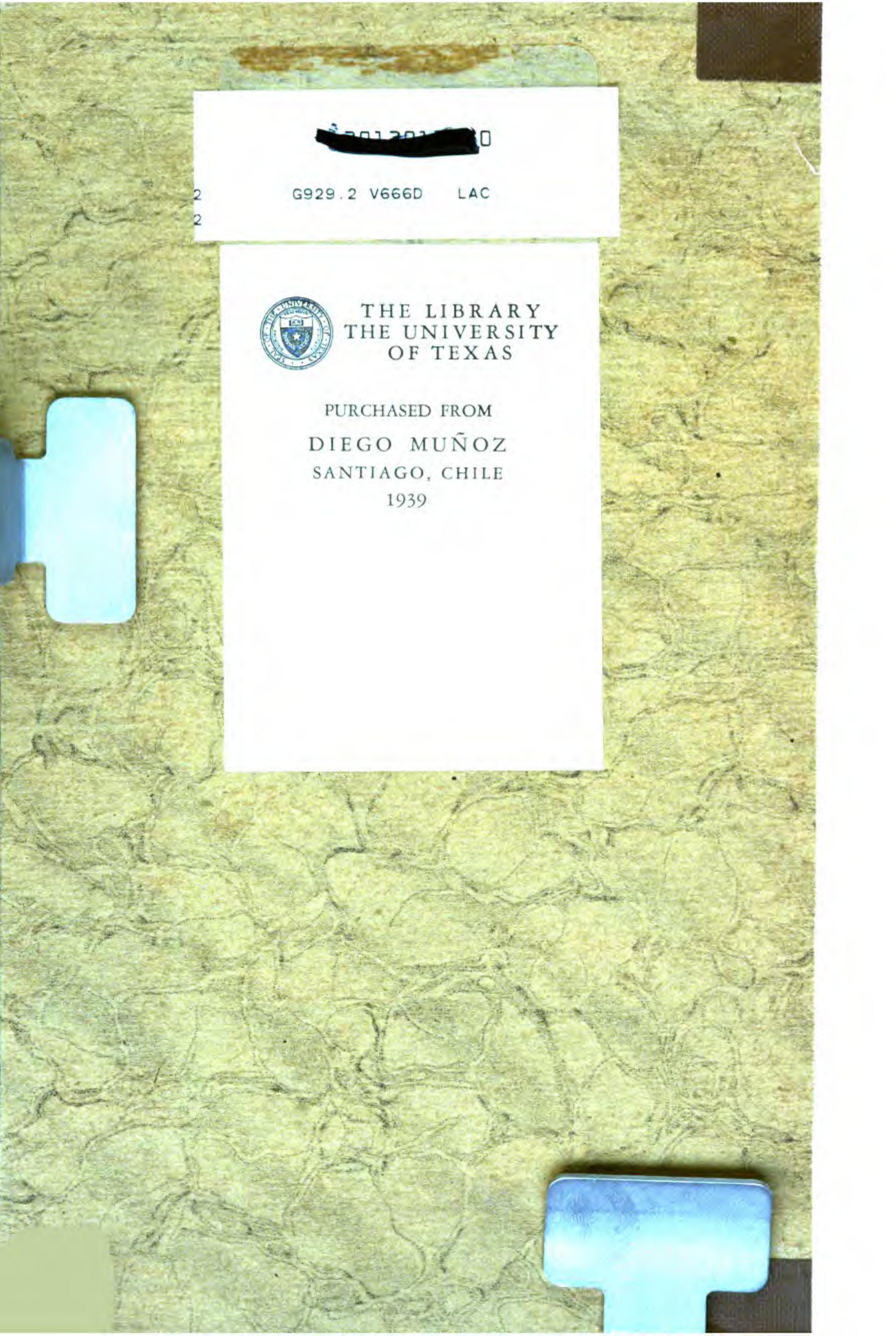
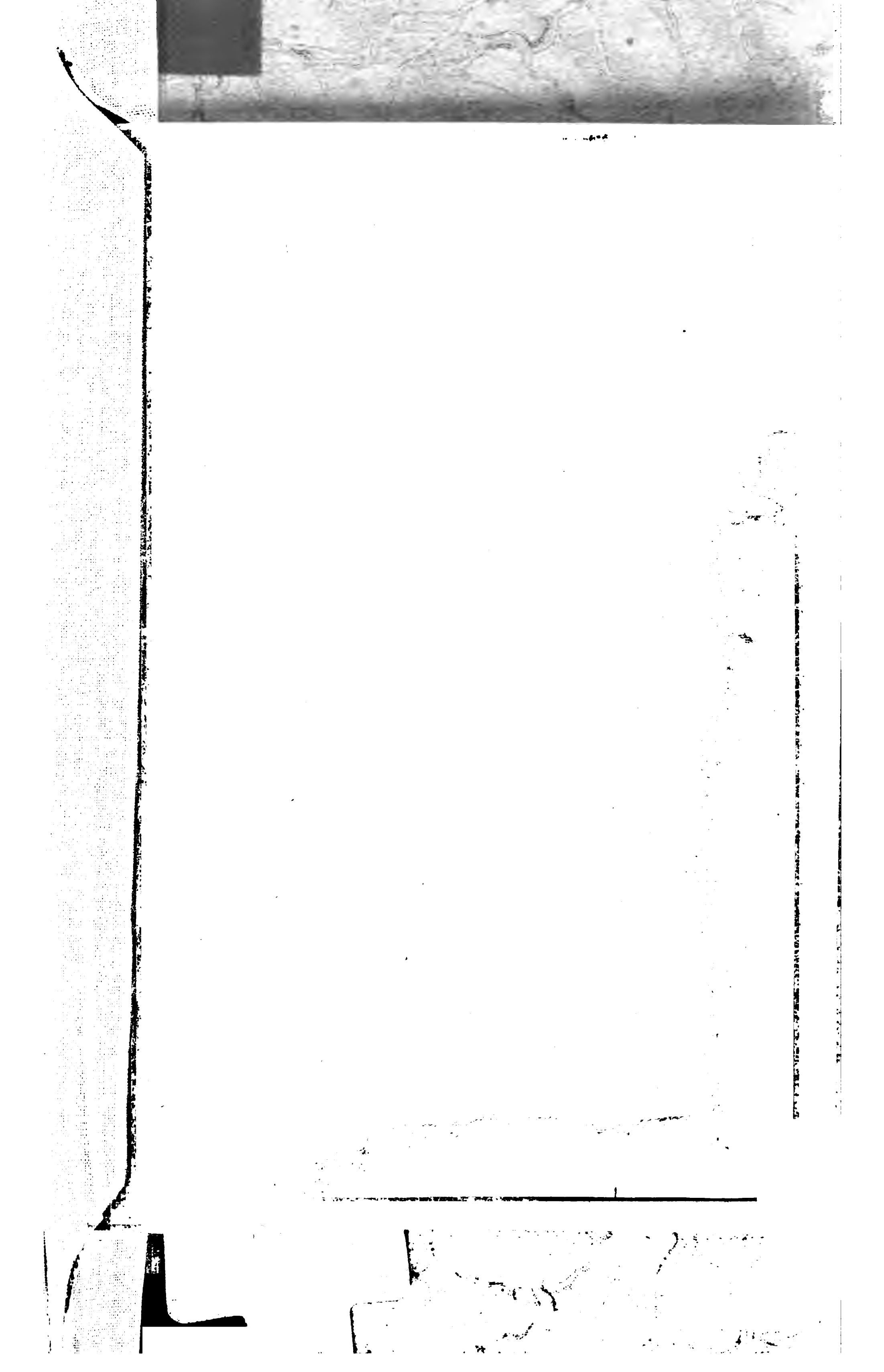
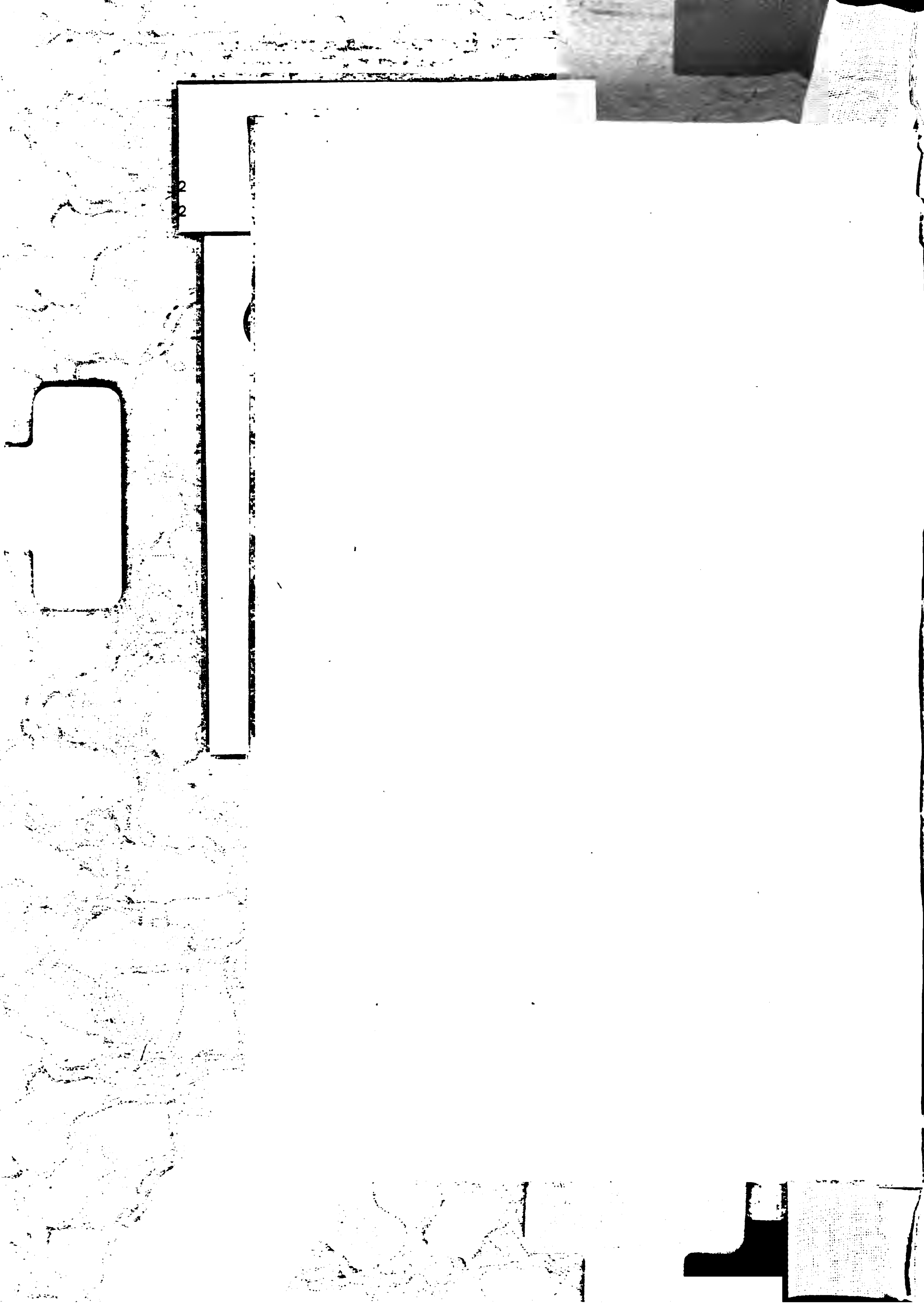


Vicuña Mackenna, Benjamín,
1831-1886.
Del origen de los Vicuñas.


[redacted]
2
2
G929.2 V666D LAC
THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
PURCHASED FROM
DIEGO MUÑOZ
SANTIAGO, CHILE
1939





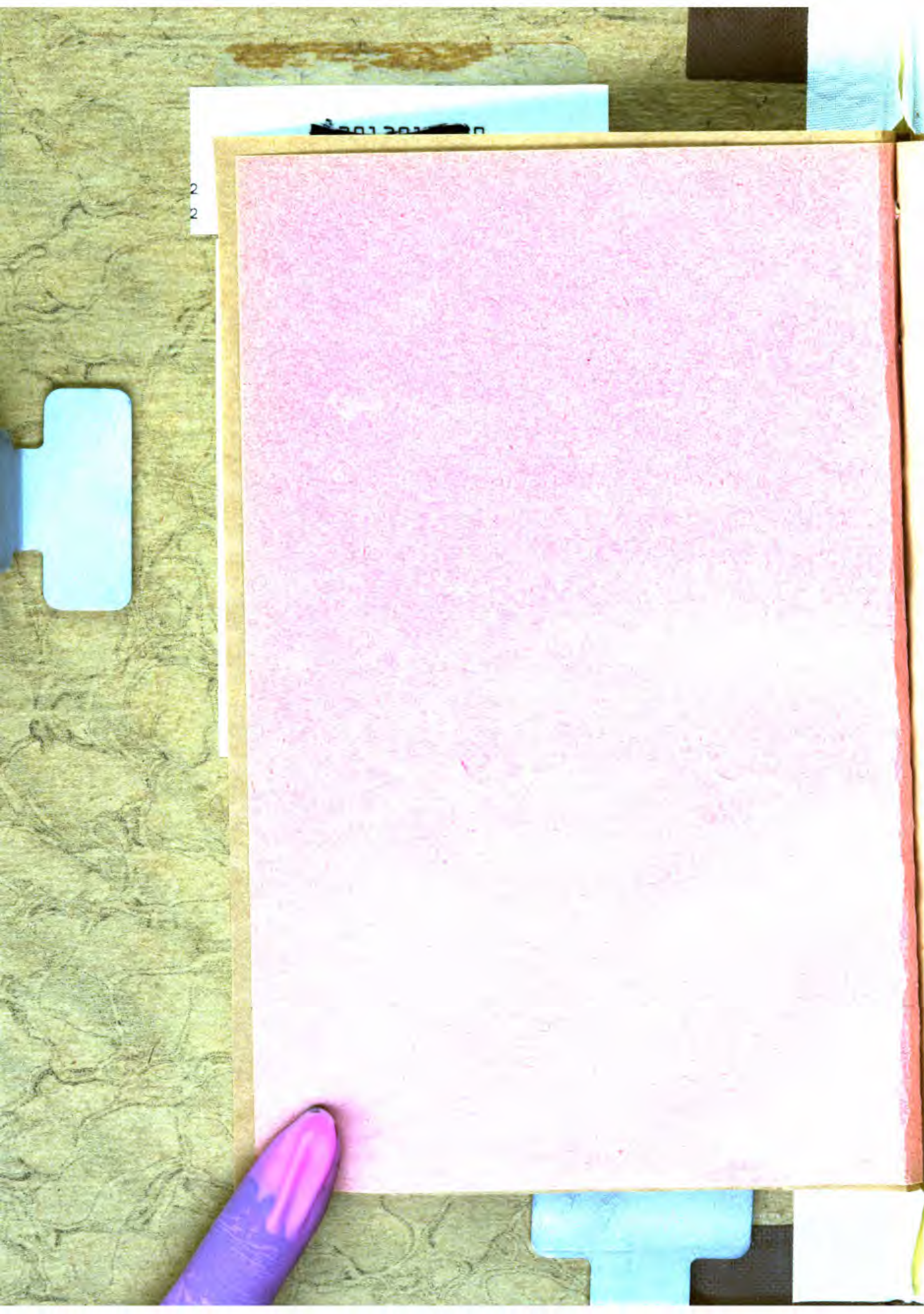
BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS.—VOLÚMEN VI

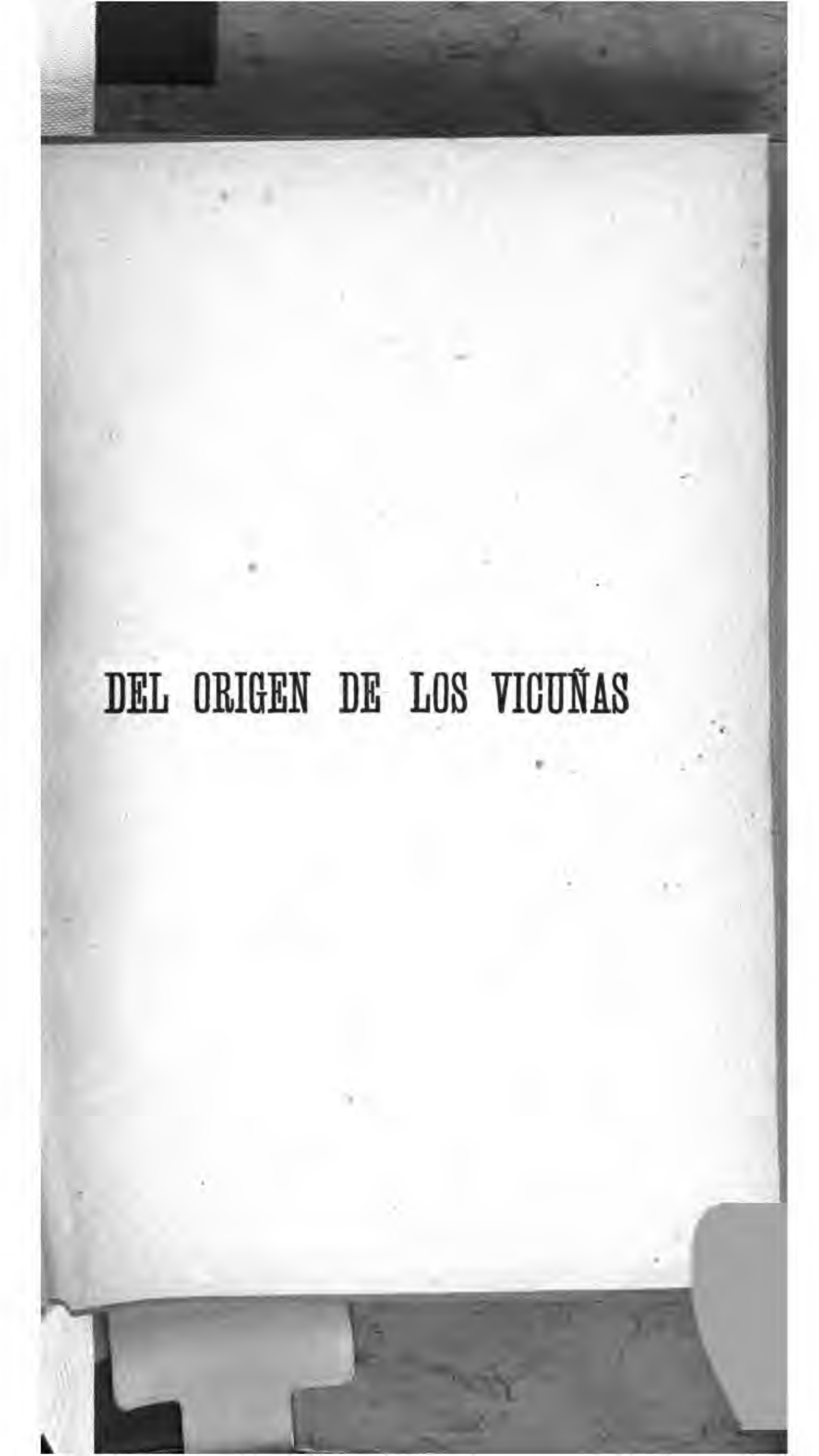
Benjamin Vicuña Mackenna

DEL

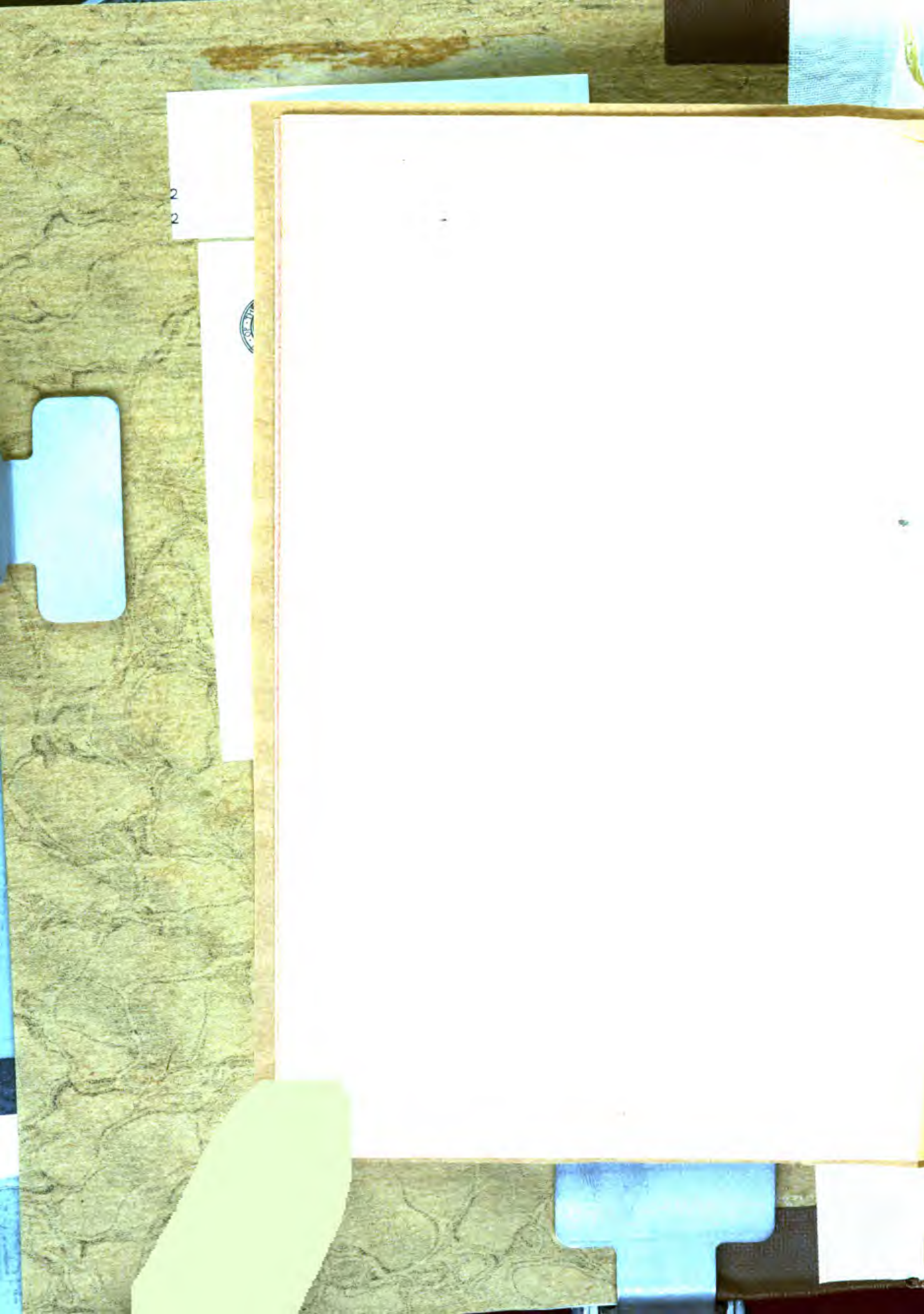
ORIGEN DE LOS VICUÑAS

GUILLERMO E. MIRANDA
EDITOR
SANTIAGO, AHUMADA 51
1902



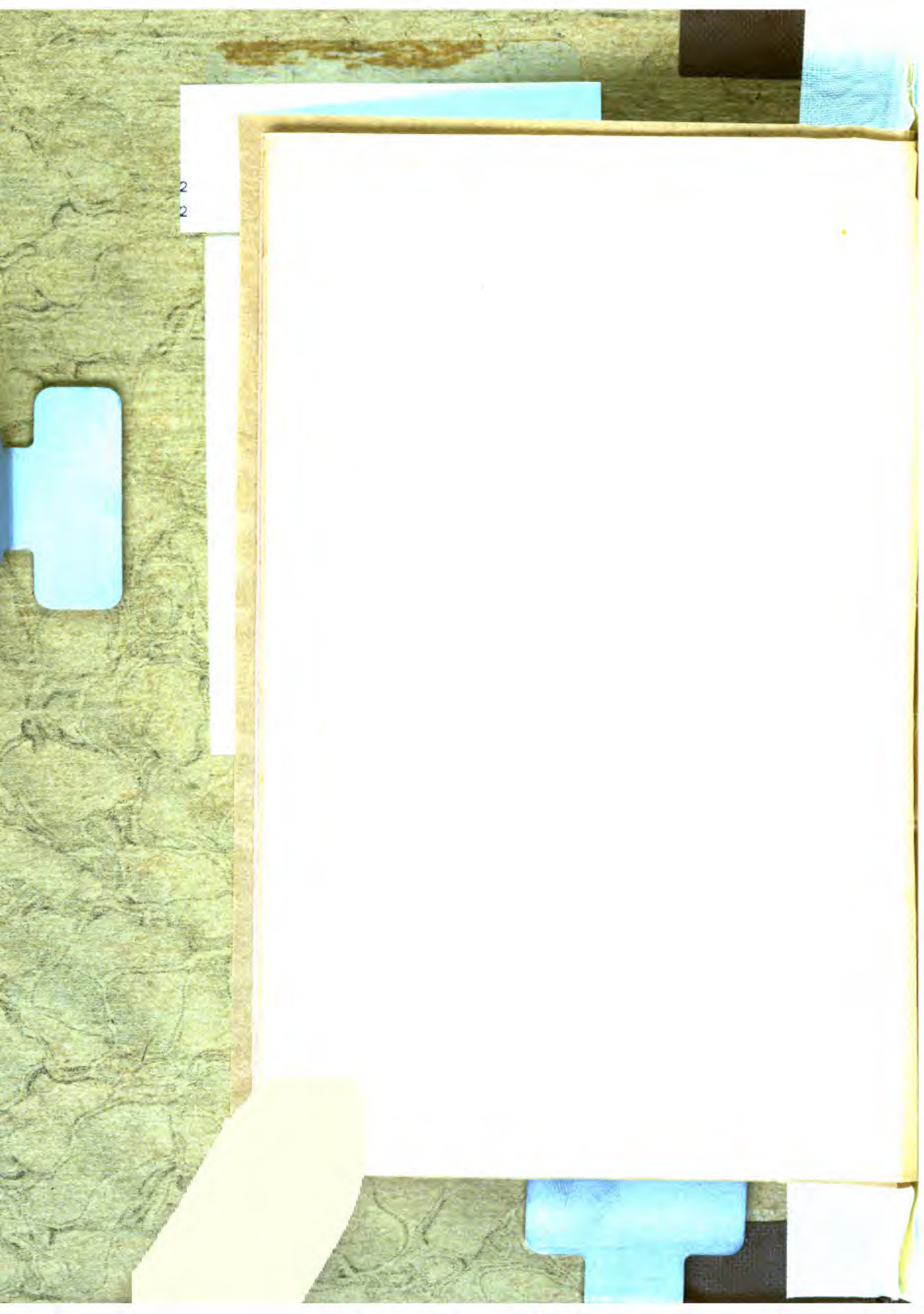


DEL ORIGEN DE LOS VICUÑAS



A Zenon, Tomas I. Anjel Custodio Vicuña i Vicuña.

B. V. M.



«Viendo los Vicuñas que los estremeños i andaduces daban muestras de retirarse i que los criollos quedaban en mucho riesgo elijieron por su jeneral a don Francisco Castillo, el mozo mas belicoso que en aquellos tiempos produjo Potosí».

(Martinez Vela.—Anales de Potosí, páj. 359).

I. Hallábase el que esto conmemora, en el caloroso verano de 1855, habitando la vasta i monótona ciudad de Berlin, inmenso cuartel de infantería, edificado en una árida planicie, que el estuco i la arena calientan a la par, i en cuyo recinto hasta los cocheros i los mozos de cordel van cubiertos con cascos de metal amarillo, figurando todo una ciudad militar con un millon escaso de soldados.

Comenzaba a entoldarse de calladas nubes mi ánimo de suyo inquieto i novedoso, como cosa juvenil, parapetado contra el sol dentro de un hotel de la *Avenida de los tilos*, esta Alameda de las Delicias de Berlin, a cuya sombra refrijerante no solian divisar mis cansados ojos otro atractivo, por la mañana i por la tarde, que la grandiosa estátua ecuestre de Federico II, rodeado de todos sus jenerales, otro grupo i espectáculo militar, como todo lo que el viajero divisa a la vuelta de cada esquina en la moderna capital del emperador Guillermo, este Carlomagno del siglo XIX.

Subia de punto mi tédio natural junto con el azogue del termómetro, porque era entónces la medianía de julio, tiempo de canícula en el viejo continente. Mas tenia una promesa i una esperanza que refrescaba mis sienes como la brisa suspirada. El baron de Humboldt, para quien habia traido una carta llena de bondad del ilustre director del jardin de plantas de Paris, M. Geofroy Saint Hilaire, me habia anunciado que me recibiria en su apartada i solitaria casa el dia 18 de aquel mes a las doce del dia en punto. Mi esperanza i mi refrijerio era esa visita. Lamartine lo ha dicho:

—«Los paises son sus grandes hombres.»

Para mí Berlin era M. de Humboldt.

II. No falté, como habrá de creérmelo el lector, a la cita del autor del *Cosmos* i del viajero del

mas alto renombre que, despues de Colon, haya visitado el nuevo mundo; i al poner en ejecucion mi codiciosa empresa de estrechar la mano de un grande hombre, ambicion de tierna pero admiradora niñez, sorprendióme, no lo lejano del barrio en que vivia, sino la modestia casi humilde de la casa que habitaba el sabio mas ilustre, no solo de la Europa, sino del universo Ignoraba yo todavía, en razon de la cortedad de mis años porque de esto hace largo cuarto de siglo, (corrido como sueño), que ese era lote propio de los que viven para el pensamiento i sus obras, apartados de la grasa, el alquitran i las cebollas.

...«Habrá otro, entre sí decia,
Mas triste i pobre que yo?...
I cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que otro sabio iba cojiendo
Las hojas que él arrojó....»

Mayor fué mi sorpresa i mas viva mi inesperta admiracion cuando un portero anciano introdújome al salon de recibo de su señor. Era aquel el pobre gabinete de trabajo del último, alhajado con una docena de silletas de junquillo, de ésas que hoi han pasado al ajuar de las recámaras o de las haciendas en el suntuoso valle de Santiago, i un sofá de crin, tal cual en esta hora regalaríanlo de

buen grado, por estar fuera de moda, a un hospital de sangre en la ciudad.

III. A poco de haber tomado asiento en aquel estrecho aposento, abrióse una pequeña puerta lateral i presentóse a mi vista el noble anciano, encorvado ya al suelo por el peso de los años, de los libros i, ¿por qué no creerlo? de la gloria.

El baron de Humboldt tenia a la sazon 85 años, i hacia 60 que habia esplorado i descrito con pincel inimitable, como Buffon el plumaje de las aves, la mayor parte de la América española, mundo de maravillas i de encantos, que él reveló por la ciencia a los mundos antiguos.

Conocíase a la primera mirada que el autor del *Viaje a las regiones equinoxiales*, habíase vestido su mejor levita i ceñídose al pecho espeso chaleco de oscuro terciopelo, como atavío de visita, despojándose probablemente de raido i burdo chaqueton o deshilachada bata de trabajo: coqueteria de sábio con humilde i desconocido viajero.

I roto de prisa el hielo i embarazo natural del primer saludo, el baron aleman, que retenia en sus manos mi tarjeta de visita, púsome, como a boca de jarro, una cuestion filolójica, que debia producirme no poca turbacion en la memoria i en la lengua.

IV. Ud. es Vicuña, me dijo, i hai en la América del sur un precioso cuadrúpedo que yo ad-

miro mucho i que se llama tambien «Vicuña». Ahora bien, ¿quién a quién ha dado el nombre, el hombre al cuadrúpedo o el cuadrúpedo al hombre?

Los sabios son así: no malogran ni aun en la postrer hora de larga i cansada existencia la ocasion de solucionar nímia duda, ni de adquirir vaga noticia sobre incierto o repentino tema, ni de satisfacer pasajera o profunda curiosidad de la mente, crisol de oro en eterna ebullicion. I esto mismo pensaba yo años mas tarde, (1863—65) visitando casi todos los dias festivos, a las cuatro de la tarde en punto, a don Andres Bello, sabio cosmopolita como Humboldt, i quien, teniendo, entónces la misma edad de aquel, pues en su niñez habíale conocido en Caracas, hallábale siempre sentado en su poltrona leyendo libros de insondable sabiduria, i especialmente estudios metafísicos i filosóficos. A igual ejercicio entregábase M. Thiers al morir hace dos años, octojenario pero lozano, despues de haber salvado en esa edad a la Francia.

V. Pero, entre tanto, era preciso contestar al filólogo berlines que, con sus ojos azules i hundidos en enérjica cuenca, estaba interrogándome como el examinador en el banco del aula.

—Señor, atiné en consecuencia a contestarle, todo lo que yo sé sobre mi apellido de familia, es que hai en España, a cinco leguas de Victoria, en el camino real de esta ciudad a Pamplona, i al pié

de los montes de Encia un caserio que se llama la aldea de Vicuña, i que de allí i de Bilbao fueron a Chile mis antecesores, honrados mercaderes en fierro de Vizcaya, su nativo suelo.

—Por otra parte, añadí, en el idioma quichua no existe la *v* consonante, i por consiguiente, el nombre del rumiante indíjena que Ud. ha nombrado, no es, como hoi, *vicuña*, sino el de *huicuña*, modificado por la blanda modulacion castellana, segun es fácil de observarlo en todos los casos análogos tales como *Viluma* por *Huiluma*, *Vincocaya* por *Huincocaya*, i así los demas.

Pareció satisfacer al inquisitivo baron aquella sencilla esplicacion improvisada i, para el apuro, no tan mala; de suerte que por ese lado quedamos en paz. Habria podido todavia agregarle que en el alfabeto araucano no existe tampoco con propiedad la *v*, así como carece (junto con el quichua) de la *B* i de la *T*. A la verdad, en el idioma de Lautaro, la *v* se pronuncia con mayor proximidad a la peculiar *efe* alemana que al dulce i vivo eco labial del castellano. El misionero Febres observó esto mismo hace mas de un siglo, i es curioso i hasta profético lo que dice en el particular. «Mas adentro, hácia Valdivia, los indios pronuncian la *v* un poco mas fuerte, i se parece mas a la *f*, como la pronuncian los alemanes.» Tenga pues por entendido, siquiera como cumplido vaticinio, el estudioso colono de esa pequeña Alemania austral, llamada Llanquihue, que existe

una letra del idioma universal, en que el araucano i el aleman se besan como un solo eco: *Faldifia-Valdivia.*

VI. Quedó de esta manera i con no poca fortuna mia, resuelta la cuestion filolójica propuesta por el baron de Humboldt, empeñado talvez en hacer descender a su jóven interlocutor, no de la sierra vascongada, ya nombrada, que arroja sus vertientes al Atlántico i al Mediterráneo, sino de las nieves andinas, donde habitan todavia esquivas i ágiles las *huicuñas.* Evidentemente, mi erudicion linguística habia contrariado al naturalista aleman, que de buen grado habria hecho de mi apellido un argumento mas en pró de Darwin, su ilustre discípulo...

Despedíme, por consiguiente, del baron de Humboldt dejándolo plenamente persuadido, a mi entender, no solo de que pertenecia a la familia de los bípedos sin plumas, de que habla Platon, sino que era oriundo de pura i fuerte raza euskara. En comprobacion de lo último no olvidé citarle mi segundo nombre, que, en celta, quiere decir, con solo tres sílabas: «hombre de la cabeza dura,» o algo parecido.

VII. Lo anterior, por lo que respecta a España, al baron de Humboldt, al lindo animalito de Bolivia i a los Vicuñas de Vizcaya.

Pero habia oido yo hablar de otros «Vicuñas»

de América, que no eran ni cuadrúpedos, ni celtas, ni siquiera vizcainos, sino precisamente, lo contrario de los últimos, i el aguijon de averiguar quienes eran esos tales, duendes o demonios, poco me importaba, me duró hasta que hace seis u ocho años, cayó en mis manos la preciosa crónica de Bartolomé Martinez Vela, titulada: *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, que dió a luz, por la primera vez en Paris, el bibliófilo boliviano don Vicente Ballivian i Rojas, el año de 1872.

Debo confesar, sin embargo, que con anterioridad de muchos años, pude haber obtenido toda la luz que apetecia sobre aquella misteriosa tradicion de «los Vicuñas,» que figuraba entre las mas antiguas i terribles leyendas de la colonia española, i fué de esta manera.

Dando vueltas de arriba a abajo i de abajo a arriba uno de los tendejones de libros viejos, que a cada paso encuentra, a manera de baratillos al aire libre, en las calles de Madrid, tropecé con un añoso manuscrito enfundado en pergamino, i en cuya portada leí con ojos de avaro, que cuenta piezas de oro, este letrero: «*Del oríjen de los Vicuñas de Potosí, por el bachiller......*» el nombre se me escapa, i yo no he acostumbrado levantar falso testimonio, ni aun a la portada de los libros, ni a los pergaminos, ni siquiera a las telarañas que les sirven de veneracion i de cubierta. Pero el rebuscon ladino, dueño del tesoro, adivinando talvez por mi emocion sin disimulo, mi codicia

sin freno, dió suelta a la suya i pidióme precio fabuloso, para quien andaba peregrino, proscripto i sin banqueros. Hube de dejar, por tanto, el hallazgo con un suspiro, encima de los mamotretos, i seguí mi matinal camino, tragando la saliva del apetito i la pobreza. Los bibliófilos son lo gastrónomos de la literatura. Al ménos, por lo que a mi toca, no tengo reato alguno en confesar que prefiero al manjar mas delicioso de banquete o de cocina, una pobre tira mugrienta de papel en que se haga memoria de cosas no oidas de pasados siglos o de aventuras antiguas del suelo americano. I eso era lo que en tal ocasion nos sucedia, como vamos a esplicarnos.

VIII. Cuando el indio Diego Guallpa, persiguiendo precisamente una *huicuña*, desenterró, al asirse de un matorral, el primer filon arjentífero, a media falda del cerro de Potosí, el año en que Pedro de Valdivia i sus compañeros, vestidos con cotas de pellejos araban, con sus propios caballos de guerra, el suelo del Mapocho, apénas descubierto, para procurarse miserable alimento de maiz i «cebolletas,» (1545), no era aquel afamado como sino un páramo solitario, no mas alto ni de mayor circuito, ni mas poblado que el cerro de San Cristóbal, tal cual divísase en forma piramidal desde las calles de Santiago. «Su altura es como de media legua, dice un cronista que nació a su pié, cojiendo desde el mismo pueblo donde

comienza su falda, hasta su bien formada punta (1).

Pero medio siglo mas tarde, gracias a la portentosa abundancia de sus pastas, que, no obstante los mas rudos procedimientos de estraccion, solian rendir por año ocho o diez millones de pesos, la poblacion del páramo habia crecido sobre ágrio i desigual terreno en desparramada ciudad, hasta numerar, en 1611, segun el censo del presidente Vejarano, 160,000 almas, esto es, la actual matrícula de Santiago, despues de tres i medio siglos, o la de San Francisco de California, este Potosí moderno, a los diez años del descubrimiento del oro. De aquel número 40,000 eran españoles, oriundos de todas las provincias de España, especialmente de las serranías mineras de las provincias vascongadas: vizcainos, navarros i alaveses.

IX. Formaban desde el principio los vascongados, conocidos jeneralmente en América bajo la denominacion mas lugareña que exacta de *vizcainos*, el núcleo junto con el poder, la riqueza i el prestijio de aquella turbulenta comunidad. Sobrios, laboriosos, económicos, duros de carácter, de alma atravesada en ocasiones pero siempre enérjica i valerosa («alma de vizcainos»), i espe-

(1) *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, por don Bartolomé Martinez Vela, natural de dicha villa, páj. 293.

cialmente unidos entre sí i compactos como el fierro de sus montañas, estaban llamados los vascongados a enseñorearse sobre los grupos diseminados, turbulentos i ociosos del resto de sus compatriotas, sobre el fiero pero desocupado castellano, sobre el alegre i perezoso andaluz, que vive entre la resolana i la guitarra, sobre el bravo pero selvático estremeño, sobre el estólido aragones i principalmente sobre el perezoso criollo, dado a bravias aventuras, así como el bravo i petulante portugues, que formaba parte de la comunidad i de la corona de España en aquel tiempo.

Vivian a la sombra de sus capas i al amparo de sus espadas revueltos en sus propios feudos, pendencias, celos locales i alborotos de raza, todos los últimos, qne sin contar alemanes i flamencos, llegaban a «once naciones,» al paso que los vancongados se habian unido en un solo cuerpo de nacion bajo sus fueros. «Despues de Dios, el paisano»—hé ahí todavía la divisa nacional de «las Provincias».

No parecerá por esto estraño que en curso del primer medio siglo de Potosí, que fué el de su mayor riqueza, los vizcainos lo acumularán todo en su gremio con esclusion de sus enojados i envidiosos vecinos i rivales. (1) «En el año de 1602,

(1) Segun Ballivian i Rojas, que ha rejistrado los libros de la Casa de Moneda de Potosí, el cerro produjo desde 1545, a 1556, esto es, en los primeros diez años de su descubrimiento, 30 millones de pesos, de los cuales 5 correspon-

dice a este respecto el potosino Martinez Vela, que escribió su crónica a fines de ese mismo siglo, i es por lo tanto un contemporáneo, en el año de 1602 se comenzaron los vancongados a señalar en armas i riquezas: 80 de ellos eran azogueros; 160 mercaderes: habia en la villa de a millon, 500, 600 i 800 mil pesos de caudal, todos vizcainos, i de doce mercaderes de plata (banqueros) que habia, los ocho eran de esta nacion: de doce *veinte i cuatro* que habia en el ayuntamiento los seis eran vascongados»...Exactamente lo mismo que por época igual i cercana comenzaba a ocurrir en el pacífico i conventual Santiago, ciudad en su oríjen estremeña pero en su medianía i en su edad actual entrañablemente vizcaina.

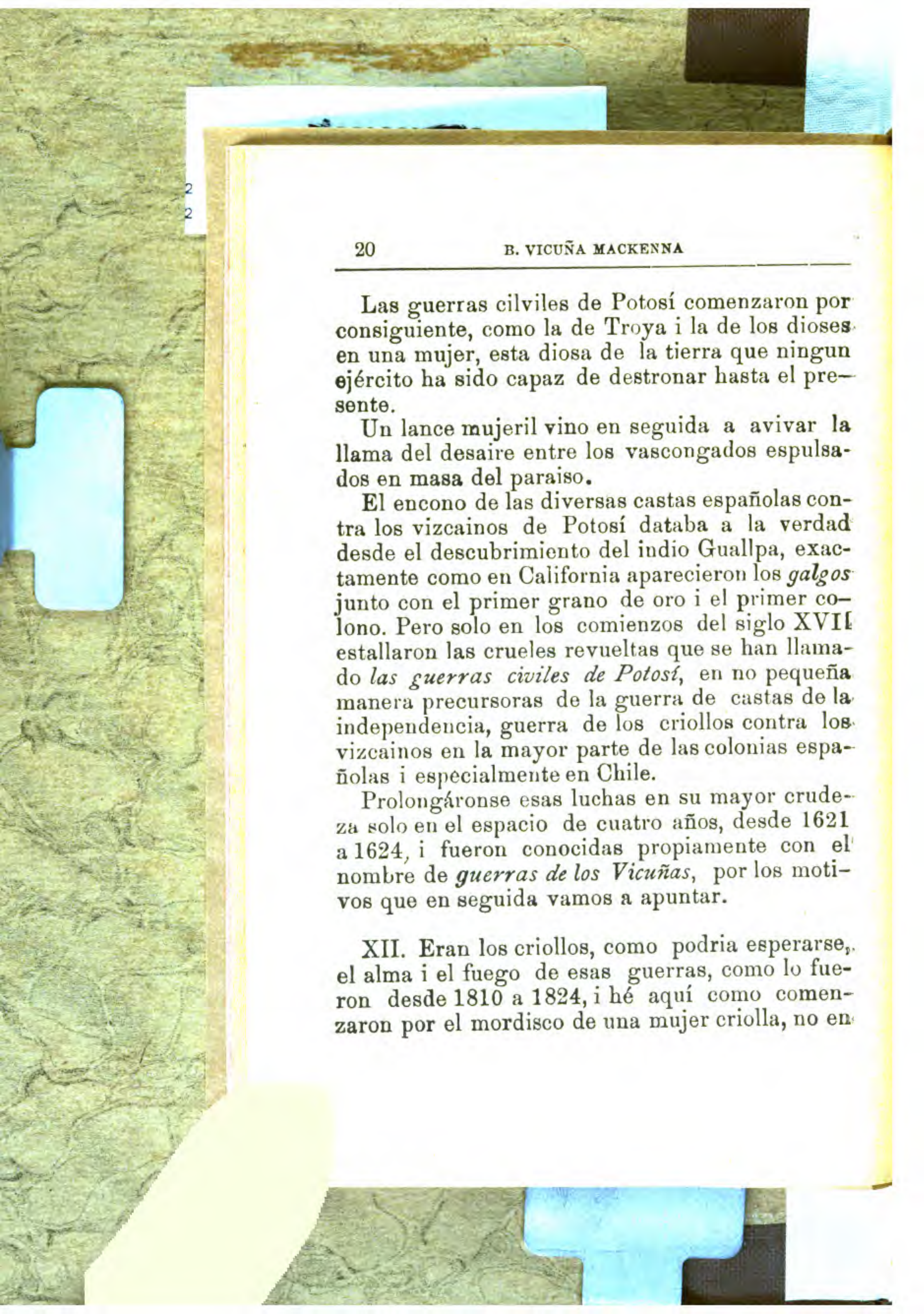
X. A virtud de la lei de los contrastes, que es al corazon humano, lo que la lei de gravedad a materia inerte, la reguladora de las acciones, aunáronse todos los grupos coloniales que no habian alcanzado los favores de ríjida i metódica fortuna; i castellanos, andaluces i estremeños, que eran los mas de los pobladores, despues de los

---

dieron al rei i 25 a los industriales. En los 23 años corridos desde el 1.º de enero de 1556 a 1578 la produccion total fué de 49.011,285 pesos para los particulares i 9.802,257 pesos para el rei: total en estas dos épocas, 90 millones de pesos en treinta años, fuera de lo que se *pasaba por alto* o contrabando que era el doble o triple de esa suma.

vascongados, juntáronse en bando contra los últimos, i atrajeron a los criollos nacidos en Potosí, que formaban ya un núcleo prestijioso de tres mil moradores nativos, por los dias que historiamos. Los portugueses i unos pocos gallegos se enconaron en el odio comun, i los negros i los indios de la plebe, como en las guerras de las repúblicas de Italia, se alistaron en las banderas de sus respectivos amos.

XI. De igual manera que en la edad de la independencia, tardia en siglos todavia, pero cuya alborada surjia ténue en lóbrego horizonte, los criollos de Potosí fueron los mas arrebatados en el bando del enemigo, i los primeros en desenvainar la espada contra sus projenitores. I como es tambien cosa tenida por cierta en todos los lugares i en todas las edades del mundo, fué la mujer mas que el oro la causa del primer disturbio. «De suerte, refiere el cronista citado, que los vascongados ricos i con tales cargos se señoreaban en Potosí, i no hacian caudal de las otras once naciones que allí habitaban: ántes sí a todas las ultrajaban i vituperaban: por eso los criollos, que son naturalmente pundonorosos, considerando las demasias de los vascongados pidieron a sus padres,—castellanos, andaluces, estremeños i otras naciones,—que de ninguna manera le diesen sus hermanas en matrimonio a los vascongados.»



Las guerras cilviles de Potosí comenzaron por consiguiente, como la de Troya i la de los dioses en una mujer, esta diosa de la tierra que ningun ejército ha sido capaz de destronar hasta el presente.

Un lance mujeril vino en seguida a avivar la llama del desaire entre los vascongados espulsados en masa del paraiso.

El encono de las diversas castas españolas contra los vizcainos de Potosí databa a la verdad desde el descubrimiento del indio Guallpa, exactamente como en California aparecieron los *galgos* junto con el primer grano de oro i el primer colono. Pero solo en los comienzos del siglo XVII estallaron las crueles revueltas que se han llamado *las guerras civiles de Potosí*, en no pequeña manera precursoras de la guerra de castas de la independencia, guerra de los criollos contra los vizcainos en la mayor parte de las colonias españolas i especialmente en Chile.

Prolongáronse esas luchas en su mayor crudeza solo en el espacio de cuatro años, desde 1621 a 1624, i fueron conocidas propiamente con el nombre de *guerras de los Vicuñas*, por los motivos que en seguida vamos a apuntar.

XII. Eran los criollos, como podria esperarse, el alma i el fuego de esas guerras, como lo fueron desde 1810 a 1824, i hé aquí como comenzaron por el mordisco de una mujer criolla, no en

la fruta deliciosa del Eden, sino en el brazo de un insolente i atropellado alcalde vascongado llamado don Francisco de Uribarren, o como escriben otros en mejor vascuence todavía, Uribayen.

Habia sido este personaje elejido alcalde en 1621 junto con don Sancho Arrieta (otro vizcaino), i para cumplir un acto de justicia con un delincuente, a fuer de vizcaino testarudo, persiguiólo, espada en mano, por las calles. Refujióse, el reo cuyo crímen, dice un cronista, no pasaba de una niñada, en casa de doña Francisca de Azos (1), doncella hermosa, noble i criolla, cuyo padre en ese momento estaba afuera. Pero la niña sobraba para la guarda del hogar, i opúsose con pecho levantado a la estraccion del perseguido. «Indignóse don Francisco, dice el cronista del alcalde: dió de puñadas a la niña; i rabiosa ella se abrazó de el, i apretóle lo dientes en un brazo de tal modo, que al apartala, hubo de sacarle parte del brazo.»

I aquí, junto con Elena, fué Troya!

«Sabiendo lo que pasaba, agrega el historiador potosino, acudieron los vizcainos criollos con sus armas, al tiempo que sacaban al delincuente maniatado i a la niña arrastrada de los cabellos.

(1) «Azos» dice el testo de Núñez Vela en la edicion de Paris; pero otros escritores escriben Haro i añaden que el padre de la niña llamábase don Pedro de Haro (*Castellanos i vascongados*, un vol. 8.º anónimo, Madrid 1876 páj. 104), i asi es mas apropiado entenderlo.

Enfurecidos los criollos mataron a fieras estocadas a los criados i apénas el alcalde escapó.»

La guerra civil habia comenzado.

XIII. Los «Vicuñas», es decir los criollos, corrieron a las armas apellidando a sus aliados, i desde ese dia quedaron formados en filas de batalla los unos contra los otros en las calles de Potosí i en todas las comarcas vecinas hasta Oruro i Chuquisaca.

En el mes de junio de 1622 los «Vicuñas» lucian bajo su divisa de cinta nácar doscientos soldados al mando de doce capitanes i bajo el pendon del mas prestijioso, del mas bravo i del mas rico de sus parciales, don Francisco Castillo, opulento como un millonario i pendenciero como un calavera.

Los vascongados, por su parte, allegaron a su bandera triple número i encabezólos don Francisco Oyanume, vizcaino que tenia tantos millones como quilates de valor cabian en su ancho pecho. Sábese que los vascongados hacen frente a toda España, i no en vano elijió Cervantes al «bravo vizcaino» para el primer encuentro i malaventura de su errante e invencible caballero.

XIV. Contar nna a una las pendencias, acometidas, incendios, duelos, batallas sangrientas que se libraron unos a otros durante tres años aquellos terribles Montegones i Capuletos de la planicie andina del Alto Perú, sería emprender

la compajinacion de un libro de vigoroso aliento, porque como dice Martinez Vela de otro autor que trató esa materia:—«Si el padre Juan de Medina, en su manuscrito titulado *Relaciones de las guerras civiles de Potosí*, ocupó quinientas fojas de a cuartilla, ¿cómo seria posible reducir a estas carillas tan gran suceso?» (1)

(1) No son en efecto ménos de veinte los autores que en diversas épocas han escrito sobre «los Vicuñas» de las guerras en Potosí, i vamos a citarlos de lijera por sus nombres para los que en ello tengan interes. Por lo demas, esta nota es puramente bibliográfica i puede prescindir completamente de ella el lector que no sea aficionado.

Ademas de Martinez Vela i del padre dominico Medina, arriba citado, debe enumerarse a Pedro Mendez, que fué uno de los capitanes de «los Vicuñas», Antonio Acosta, Juan Pasquier, el doctor José Velazquez, Bartolomé de Dueñas, Juan de Villegas, el agustino peruano Calancha, el poeta Juan Sobrino, el clérigo Pedro de Guillestegui (que tambien escribió en verso) i un sacerdote anónimo que citan otros autores.—¿Sería por ventura uno de estos dos últimos el autor del manucristo recordado de Madrid?

Los trece escritores que preceden están citados por el autor de un libro bastante curioso publicado en Madrid en 1876 contra los vascongados, i para probar su mal espíritu para con España, a propósito de su gran rebelion de esa época bajo el tercer don Cárlos. En una nota precedente hemos dado el título de ese libro.

El autor de éste no parece haber conocido a Nuñez Vela, pero cita dos nuevos libros sumamente importantes, titulados el uno *Historia de la Villa Imperial de Potosí* por Bartolomé Arrauz de Urzúa i Vela, i el otro *Inscripcion de lo que ha sido i es al presente la villa imperial de Potosí.*

El primero, que parece ser una obra fundamental, existe

XV. Baste por tanto saber que en el primer año de las discordias de los castellanos, los criollos i los vascongados, murieron en las calles de Potosí sesenta caballeros de uno i otro bando; los heridos fueron doscientos diez, i «las pendencias muchísimas.»

En el año subsiguiente de 1622 los muertos

---

en dos volúmenes en folio en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, i el segundo en la del Consejo de Estado en la misma ciudad. Este último es un manuscrito del siglo XVII obtenido por el célebre financista español Barzanallana.

Con estas dos obras inéditas i el Nuñez Vela, el libro moderno titulado *Castellanos i Vascongados* (1876) i los trece autores ántes citados, tenemos 17 escritores que tratan de las guerras de «los Vicuñas».

Pero aun hai otros.

Ballivian i Rojas cita en su catálogo a Gabriel Gomez de Sanabria, que escribió la *Relacion de las inquietudes i alborotos de Potosí desde el 8 de junio de 1622 hasta el 20 de marzo de 1625*, i éste parece haber sido un testigo de vista. Este manuscrito, así como las piezas mas relativas a Potosí (pero no a los Vicuñas) de la coleccion Sloan, se encuentra en el Museo Británico de Lóndres.

Fuera de esto han escrito sobre tradiciones de «los Vicuñas» el doctor Quezada de Buenos Aires, don Miguel L. Amunátegui en Chile i Ricardo Palma en Lima *(Tradiciones*, vol. III). De suerte que con estos últimos llegan los autores a 21.

La relacion que se considera, sin embargo, como capital es la de Martinez Vela, completada con su *Historia de Potosí*, que él mismo cita a menudo en sus Anales, pero que nunca se ha publicado.

ascendian a 88, «jente noble i lucida», los heridos a 629, sin incluir entre los primeros «a mestizos, negros, mulatos e indios, que pasaban de *mil*».—Habia en esa época en Potosí no ménos de ocho casas de esgrima en que «enseñaban a los hombres a matarse.»

Un año mas tarde las pendencias i los encuentros se elevaron a la categoría de batallas. «Los Vicuñas», siempre acaudillados por el bravo don Francisco Castillo, tomaron a sangre i fuego a Potosí i a Chuquisaca. Los vascongados fortificaron como contra poderoso enemigo la primera de

---

Segun don G. René Moreno (Biblioteca boliviana N.° 258) existe un ejemplar de esa famosa historia en Buenos Aires, en poder del apreciable bibliófilo don Anjel C. Carranza, i segun Ballivian i Rojas hállase otra copia en Chile.

I por acaso no será este mismo libro el que existe completo en dos tomos en folio en la Biblioteca de don Alfonso XII? Verdad es que aparece en él como autor de éste un Arrauz de Urzúa i *Vela*, pero este mismo se llama *Bartolomé* como Martinez (apellido que tampoco aparece claro en los manuscritos) i es ademas *Vela*.

De todas maneras, i hoi que Potosí está en peligro de ser chileno, sería interesante poseer copias del manuscrito del Rei en Madrid i del de Gomez de Sanabria en el Museo Británico, copia que por su excesivo precio solo puede mandar sacar el Gobierno.

Sin embargo, nosotros hemos escrito a un amigo tan distinguido como ilustrado, en Madrid, que trate de enviarnos siquiera copias de los capítulos relativos a don Martin Oñez Loyola i a Sores de Ulloa, ámbos gobernadores de Chile, i que figuraron en aquellas guerras, el primero como vascongado i el segundo como «Vicuña».

esas ciudades, encerrando en esa fortaleza improvisada cuarenta i dos millones en metálico, todo de propiedad vizcaina.

El alboroto cundió en seguida por toda la maseta del Alto Perú i amenazó descender a los valles del Pacífico, como en las guerras de los Pizarros i de los Almagros, ocurridas apénas un siglo hacía; como tan turbulenta fué la cuna de esta parte del nuevo mundo que todavía se revuelca en los charcos de la sangre entónces derramada!

Los Vascongados, por su parte, coléricos, bravos i poderosos, levantaron a sus espensas cuatro mil hombres en Oruro, en la Paz, en Lima mismo, i llegó en el tercer año de las revueltas i matanzas cédula de Felipe IV para esterminar a cuchillo i por la horca a «los Vicuñas», como Carlos V. hiciéralo con los rebeldes Pizarros, cuando mandó a la Gasca, humilde clérigo por de fuera del manteo i por dentro de la toga un grande hombre de Estado, de la escuela de los Ximenez i de los Mazarinos (1).

(1] La universalidad de los autores que han tratado de las guerras de los Vicuñas, les han atribuido simplemente un carácter lugareño i de castas. Pero el padre Medina que segun parece fué contemporaneo], sostiene que «los Vicuñas,» a ejemplo de los Pizarros, atacaban los derechos i los fueros de la corona de Castilla, i que los vascongados tomaron las armas para defenderlos. Segun esto «los Vicuñas» en Potosí, como los Pizarros en el Cuzco, como Almagro el mozo en Lima, como don Francisco Hernandez Xiron

Tomó tales creces el odio insano que cuando «los Vicuñas» entraban a Potosí mataban a los padres que daban sus hijas a los vascongados, a los herreros que les forjaban sus dagas, a los barberos que les aseaban el rostro. Un cronista de aquel tiempo, clérigo i anónimo, refiere candorosamente, a propósito de tal encono, que en Caiso, pueblo que no está lejos de Potosí, «parió una perra cuatro perrillos: el amo púsole a uno por nombre *vizcaino*, al cual ¡cosa admirable! los tres, siendo de dos meses todos, mataron, mordiéndolo i despedazándolo a bocados» No deduce de esto sin embargo el ponderativo presbítero que en Potosí hasta los perros fueran «Vicuñas».

XVI. Por fortuna en lo mas levantado de este furor de razas intervino de misericordia un prestijioso fraile franciscano con toda su comunidad, i de improviso ajustáronse las paces en el con vento de aquella órden, cuyas ruinas recuerdan hoi dia en Potosí, emporio trocado en cementerio, su vasta suntuosidad, por el mes de octubre de 1624, i probablemente en el mismo dia del santo patriarca. No olvidemos que así como todos los criollos nacidos en Potosí eran bautizados con el nombre de Nicolas por un parto milagroso, los

i don Garcia de Solis en Guamanga (hoi Ayacucho), como los dos Castillas i don Luis de Cabrera en Chuquisaca, fueron en el primer siglo de la conquista de la América Española verdaderos precursores de su independencia.

dos caudillos de los partidos encarnizados llamáronse Francisco:—don Francisco de Oyanume, jefe de Los Vascongados, i don Francisco Castillo, capitan de «Los Vicuñas».

Pero no fué solo la cogulla casi omnipotente en aquellos duros años, sino el regazo de la mujer, omnipotente siempre, lo que apagó hasta el fondo del candente cráter aquellos alborotos cuya lava era el odio.

Pactóse en efecto i llevóse a cabo en el altar el matrimonio de doña Eujenia Castillo, «hija única i mui hermosa de don Francisco Castillo», cuenta Martinez Vela, con don Pedro de Oyanume, hijo del capitan don Francisco de Oyanume. I así el amor apagó en un ósculo la ira i el encono de batallas en que se contaban los cadáveres, los incendios i los despojos por millares.

La novia venturosa, hija i esposa de bravos, llevó en dote un millon de pesos, mas o ménos; i en torno a la balaustrada de su lecho depusieron sus espadas los airados caballeros de uno i otro feudo para no brillar otra vez al aire sino dos siglos mas tarde, a nombre de una deidad que se llamaria «la patria,»—otra mujer!

XVII. Así acabó como en los casos de novela, la trajedia histórica i terrible de «los Vicuñas.» De modo que no nos queda, para cumplir nuestra tarea i nuestro ofrecimiento hecho en Berlin al tiempo de nuestra visita al baron de Humboldt,

hace veinte i cuatro años, sino comprobar cuál fué el oríjen del nombre de aquellos, que ciertamente no es el de quién el trasunto de estas tradiciones firma.

I tal empresa no es árdua, porque el mismo cronista que hemos seguido apunta claramente la derivacion del nombre que los castellanos, estremeños, andaluces i criollos de Potosí se dieron a sí mismos cuando empeñaron públicamente sus lanzas i mosquetes i se organizaron en cuerpo de batalla por el mes de junio de 1622, que fué el siguiente.—«Acordaron en esta junta de ponerse todos los soldados *sombreros de lana de vicuña* para conocerse, i por estos sombreros los llamaron *Vicuñas* en la Historia.»

«I coincidencia estráña (esclama a propósito de esta historia de sombreros de rebeldes el compilador de las memorias que hemos recorrido) en los primeros movimientos de la guerra de la Independencia en el Alto Perú, el sombrero de Vicuña sirvió tambien de seña a los patriotas.» (1)

XVIII. I así con una misma escarapela, con una cinta, con una divisa, con el mismo sombrero de los «Vicuñas» del siglo XVI resucitaron en el siglo XIX con las armas en la mano i siguen todavía asidos de ellas, los hijos de aquellos batalladores del Alto Perú. Pero con esta diferencia:

(1) Ballivian i Rojas, obra citada páj. 355.

que sus soldados no usan ya por casco el blando i sedoso fieltro del rumiante andino, sino por túnica burda bayeta de los yungas i por sombrero, triste i desvencijado kepí de carton i lata......

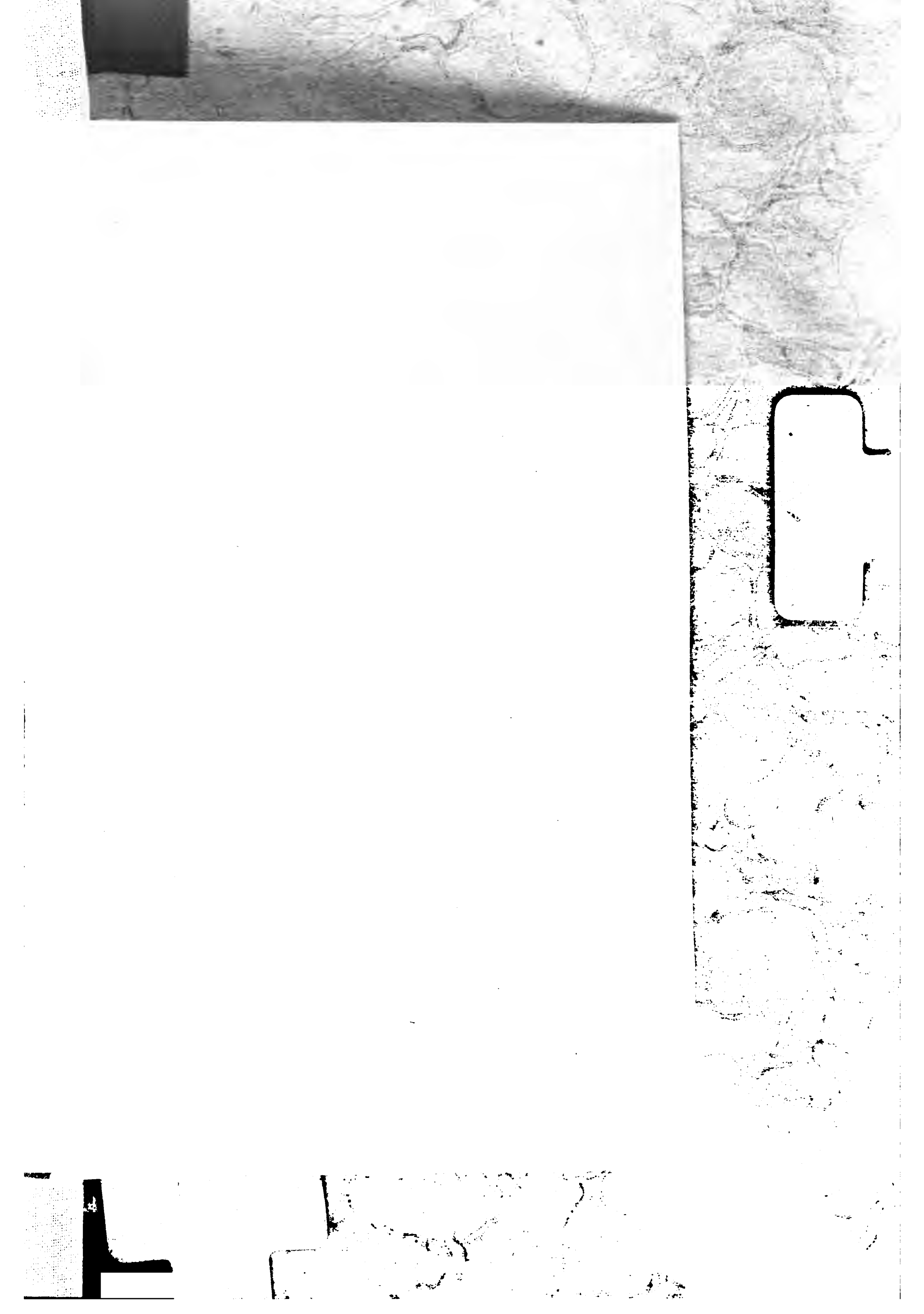
¿No sería por ventura el último i bien venido ajitador de la Paz (si el caso ha de ser histórico) el doctor Núñez del Prado, nieto en décima jeneracion del insigne alborotador antiguo,—«el último de los Vicuñas?» (1)

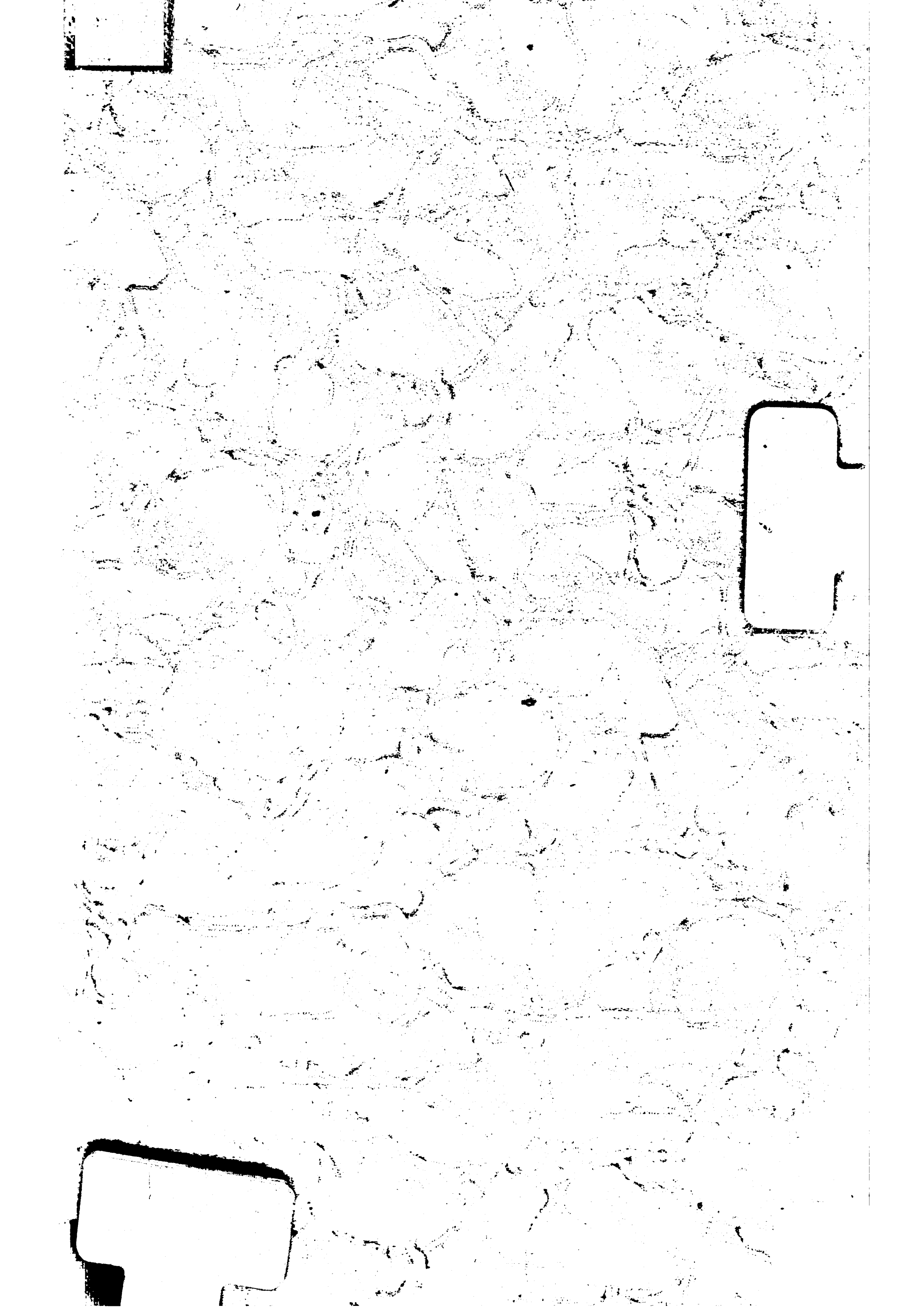
Santiago, diciembre de 1879.

[1] El capitan Juan Núñez del Prado se rebeló contra Gonzalo Pizarro, su amigo i caudillo, i habiendo alcanzado como premio el gobierno del Tucuman, tuvo allí fieros encuentros de hombre a hombre i de gobernador a gobernador con Francisco de Villagra, segundo gobernador de Chile.—Parécenos que el doctor Núñez del Prado no puede ser sino descendiente de aquel célebre e inquieto capitan.



Imprenta y Encuadernación Española, A. Prat 151






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3018267581
0 5917 3018267581